

Aspiro, señores, a que reconozcáis que la mujer tiene destino propio; que sus primeros deberes naturales son para consigo misma, no relativos y dependientes de la entidad moral de la familia que en su día podrá construir o no construir; que su felicidad y dignidad personal tiene que ser el fin esencial de su cultura, y que por consecuencia de ese modo de ser mujer, está investida del mismo derecho a la educación que el hombre.

Dña. Emilia Pardo Bazán

Discurso en el Congreso Pedagógico Internacional, 1892

Título original: El Indiano

Fecha de edición: Febrero 2018.

© María Montesinos, 2018.

Obra inscrita en el Registro de Propiedad Intelectual [Safecreative.org](https://www.safecreative.org).

Diseño de cubierta: Fotomontaje de MC Diseño Gráfico.

CAPÍTULO UNO

Santander, febrero 1883

Una llovizna suave lo acompañó a lo largo del camino que realizó al galope hasta la finca. La neblina ascendía sigilosa por la ladera del monte y se mezclaba con el aliento pesado del caballo y con el suyo propio, como si ambos se fumarán el frío húmedo de la mañana. El olor mohoso a vegetación y tierra mojada le inundó los pulmones de sensaciones conocidas, casi olvidadas: el frío imbatible de los inviernos en la montaña, las friegas de su madre en su pecho infantil poco antes de acostarse, el sabor templado de la leche recién ordeñada. Había pasado demasiado tiempo lejos de allí.

Al traspasar la verja de su propiedad, Héctor Balboa aminoró el trote del caballo para admirar, una vez más, la construcción de la que iba a ser su quinta, La Somoza: tan grande como el palacete de un noble, tan vistosa como las mansiones coloniales habaneras. Contempló la torre erguida en el centro de la casona, ordenando el juego simétrico de tejados, cornisas, galerías y ventanas de la fachada pintada en amarillo. No había nubarrones capaces de eclipsar la luminosidad de ese color, intenso como el sol caribeño.

Descabalgó con agilidad, se quitó la capa oscura, moteada de diminutas perlas de agua, y la sacudió con fuerza. El revuelo de la tela asustó al caballo, que reculó unos pasos y cabeceó espantado. Héctor tiró con firmeza de las riendas, murmuró unas palabras tranquilizadoras que amansaron al animal y luego lo condujo hasta el tronco de un árbol cercano, donde lo amarró.

Ascendió de dos en dos los escalones que lo separaban de la entrada. Su rostro se

ensombreció nada más cruzar el umbral; de un vistazo, comprobó que las obras del interior de la vivienda no habían avanzado lo que esperaba. A ese paso, no podría mudarse hasta el verano y se vería obligado a prolongar su estancia unos meses más en el Gran Hotel, donde comenzaba a sentirse incómodo. Tanta solicitud por parte del director. Tanto revoloteo innecesario a su alrededor.

Sus pies sortearon piedras y cascotes desperdigados por el suelo recubierto de tablones, mientras su cabeza registraba con impaciencia cada detalle inacabado que descubría: las paredes aún sin enlucir del vestíbulo, el salón que parecía más pequeño que sobre plano, una humedad inesperada en un rincón del que sería su gabinete. Al menos, los cristales de los miradores ya estaban colocados. Le llegó el golpeteo rítmico de un martillo en el piso superior. Alzó la mirada a los techos, enmarcados por bonitas molduras de motivos florales, y arrojó al hueco de la chimenea un trapo andrajoso y maloliente olvidado sobre la embocadura de mármol. La lluvia arreció afuera.

Fue al doblar el pasillo que conducía a la escalera cuando casi tropezó con el cuerpo de un hombre tirado en el suelo; roncaba abrazado a una botella de vino. Le dio un meneo con la punta del zapato, el hombre emitió un gruñido ininteligible. Balboa masculló un improperio. Volvió sobre sus pasos y subió por la gran escalinata en la que también faltaba por instalar la elegante barandilla de hierro con pasamanos de madera de caoba encargada en Bilbao. Las voces lo guiaron hacia una de las estancias laterales, donde una cuadrilla de hombres enmudeció en cuanto se dieron cuenta de quién los observaba desde el vano de la puerta, con semblante hosco. Uno de ellos era Damián, su maestro de obras, que se incorporó como si lo hubiera picado una avispa y fue a su encuentro con paso apresurado.

—Don Héctor. No debería haber subido aquí, es peligroso. Podría haberse resbalado.
—Su mirada se detuvo en la elegante levita de paño color tostado con la corbata blanca de seda y bajó hasta los botines negros manchados de barro.

—No es la primera vez que me muevo en una obra, Damián. —Balboa respondió con sequedad—. Ni será la última.

—Lo sé, lo sé, pero aun así, no debería haber venido tan de improviso.

—¿Para que no viera el retraso que lleváis? —preguntó, mirándolo fijamente.

—No vamos tan mal, don Héctor —se disculpó el hombre—. La torreta nos ha llevado más tiempo del calculado, pero ya está terminada. ¿La ha visto? Deje que le enseñe, venga por aquí.

El maestro de obras se adelantó y lo guio hacia una escalera de caracol encajada dentro del hueco de la pared que conducía a la torre. Sin apenas luz, Héctor ascendió uno a uno los peldaños de ladrillo mirando bien dónde colocaba los pies. Cuando llevaba medio tramo de escalera recorrido, una superficie dura y afilada le golpeó en la frente. El albañil se giró hacia él con el candil en la mano e iluminó la viga de madera atravesada de lado a lado un palmo por debajo del techo.

—¡Señor! ¿Se ha hecho daño? —El jefe de obra bajó aprisa los cuatro peldaños que le separaban de su patrón—. Se me olvidó advertirle de la viga, disculpe usted. Nosotros somos más bajos y...

—¿A quién se le ocurre poner algo así en mitad de una escalera? —gruñó Héctor frotándose la zona golpeada.

—Es provisional, señor. Nos sirve para colgar la polea y subir los materiales —se disculpó Damián—. Sígame, le aseguro que no hay más sorpresas.

Al llegar arriba, señaló con gesto orgulloso el trabajo realizado en la estancia. Medía unos veinte metros cuadrados y un juego de tres ventanas en arco se abría en cada una de sus caras.

Balboa escrutó la habitación, consciente de la inquietud con que lo observaba Damián. Sabía que su figura, alta e imponente, era muy distinta a la de otros señores que se paseaban por las calles de Santander. Su rostro curtido por el sol, las manos grandes y la hechura amplia de sus espaldas no eran las de un señorito ocioso, sino las de un hombre de la montaña endurecido por el trabajo al aire libre, uno como ellos, o como tantos otros que habían abandonado la miseria de su tierra para buscar fortuna en las Américas. Muchos no lo conseguían, pero él sí, y su temperamento no admitía fracasos en la vida. Tampoco excusas.

Héctor se acercó a una ventana y dejó que sus ojos se perdieran en el mar Cantábrico, espejo gris y turbulento del cielo cubierto de nubes. Esa torre había sido su capricho. Desde allí podría avistar los barcos y vapores que llegaban al puerto de Santander. Con la ayuda de un catalejo, podría incluso distinguir si eran los suyos. La visión del mar revuelto le apaciguó los ánimos encendidos. Sus ojos siguieron la línea del horizonte hacia el oeste, allá donde se encontraba Cuba, la isla que tanto le había dado. En días apagados y lloviznosos como ese era cuando más recordaba la viveza de los paisajes antillanos, la alegría de su gente, la exuberancia cálida de sus mujeres. Se recriminó por ceder a unos recuerdos que luchaba por dejar atrás cuanto antes. Balboa le dio la espalda al mar y en dos zancadas se asomó a la

ventana del lado opuesto, desde donde contempló las verdes colinas tapizadas de bosques que llegaban hasta la falda de las montañas. Esas montañas eran su tierra, sus raíces, su reposo. Esa doble perspectiva, el mar hacia el norte y la montaña hacia el sur, era una de las razones por las que había comprado esta finca, algo apartada del centro de la ciudad, y no aquella otra propiedad que le ofrecían en las proximidades de Los Camellos, hacia cabo Menor.

—En unos días estará colocada la tarima del primer piso y estamos esperando a que lleguen los enseres del baño, ya sabe usted.

—¿Ha venido el arquitecto, el señor Losada?

—Sí, sí. Él es quien me avisó de que esta semana llegarían de Inglaterra la bañera de hierro y la silla del retrete. También tenemos listo el lugar donde se colocará, señor.

—Está bien. No quiero más retrasos, Damián. Esta casa debe estar terminada a comienzos del verano.

—Si Dios quiere, para San Juan podrá dormir en su propia casa, don Héctor.

El maestro de obras le mostró algunos otros avances realizados y luego lo acompañó a la planta baja. Allí, junto a uno de los dos miradores orientados al jardín, vieron aparecer un cabriolé que se acercaba a la casa por el camino de tierra mojada. Había parado de llover.

Los dos hombres salieron al porche a recibir al visitante, un caballero de rasgos afilados y cuerpo enclenque, perdido en las hechuras de una sobria levita negra, que descendió del carruaje con una gracia inesperada. Balboa en seguida reconoció a su abogado, el señor Enrique Arnaiz.

—Señor Balboa, me dijeron en su despacho que lo encontraría aquí. Necesito hablar con usted lo antes posible. —El abogado miró de reojo al maestro de obras, que se había apartado un par de pasos—. En privado.

Balboa iba a despedirse de Damián cuando recordó algo:

—El tipo borracho que está tirado en el suelo, cerca del hueco de la escalera... despiértalo y mándalo a dormir la mona a su casa. Que no vuelva más. No quiero vagos a mi alrededor.

—Sí, don Héctor. Descuide.

Héctor Balboa descendió los tres escalones que lo separaban del abogado. A su lado, Arnaiz parecía más un adolescente imberbe que un hombre en la treintena. Héctor le sacaba casi cabeza y media, aunque le constaba que el letrado jamás se había sentido intimidado a su lado. Juntos, echaron a andar por el terreno abandonado a la maleza y a la vegetación

descontrolada que invadía la finca. Pensó que deberían plantar cuanto antes las palmeras y las araucarias llegadas de Canarias expresamente para él. Pronto entraría la primavera y los árboles necesitarían un tiempo de aclimatación para arraigar bien en esta tierra.

Arnaiz carraspeó, dispuesto a iniciar su exposición del asunto que le había llevado hasta allí. Enrique Arnaiz quizá no fuera uno de los abogados con más prestigio de la ciudad, pero Balboa había averiguado que era uno de los que más trabajaban con los navieros debido a su experiencia en el comercio internacional y a sus buenas conexiones con agentes comerciales y bufetes de Londres. Era meticuloso, leal y muy perspicaz. Y eso era lo más importante para alguien que, como él, necesitaba consolidar su compañía marítima y buscar otros negocios en los que invertir la fortuna reunida tras vender todas sus posesiones en Cuba: los dos colmados (uno en Matanzas y otro en Cienfuegos) y Cruz Candela, la pequeña explotación azucarera que con tanto esfuerzo había sacado adelante y que tantas satisfacciones le había dado. Gracias al rendimiento de Cruz Candela durante años, pudo comprar más tierras, aumentar la producción y fletar sus propios barcos mercantes con azúcar de caña a Estados Unidos. Venían tiempos convulsos, y su olfato de superviviente, entrenado a fuerza de hambre y golpes, le avisó de que había llegado el momento de vender sus propiedades en la isla y regresar definitivamente a su tierra natal. Lo único que conservó fueron sus dos barcos mercantes y un tercer navío que adquirió poco después. Con ellos había seguido manteniendo el transporte de mercancías hacia Estados Unidos, las Antillas y las colonias americanas independizadas de España.

Los tiempos estaban cambiando. Lo había visto al recalar en Portsmouth en su último viaje. Allí le recibió Antón Portas, un viejo amigo de Cuba, gallego, capitán de navío, que se había enamorado de una inglesa y terminó instalándose en esa ciudad portuaria donde trabajaba para uno de los propietarios armadores. Todavía recordaba aquella mañana de su llegada al puerto inglés: la visión del horizonte gris plagado de chimeneas alzadas al cielo como orgullosos cañones, vomitando humo a bocanadas, le provocó tal deslumbramiento que todo su afán era absorber cada movimiento, ruido y olor que emitía aquella ciudad. «Así que este es el aspecto del progreso», fue lo primero que pensó.

Lo que iban a ser unos días terminó convirtiéndose en una estancia de tres semanas, durante las cuales, se dedicó a recorrer Portsmouth en un estado de excitación casi febril que le hacía imaginar oportunidades de negocio a cada paso. No cejó hasta que consiguió visitar

las fábricas más grandes, las más productivas, conocer a algún propietario y varios ingenieros, obtener respuestas de aquí y de allá hasta hacerse una idea de ese nuevo mundo tan desconocido para él. En su mente, la luz de sus paisajes caribeños quedó eclipsada por el negro de las máquinas; los cantos de los nativos cubanos se acallaron bajo el traqueteo seco e incesante de los motores de vapor en las fábricas.

—No hace mucho me dijeron que una compañía inglesa había desembarcado en Asturias para invertir en yacimientos de hierro, un hierro especial con el que se fabrica el acero necesario para construir los buques, entre otras cosas. Amigo, estos ingleses quieren llevárselo todo, como están haciendo en Río Tinto. Dicen que el subsuelo de nuestra tierra está lleno de ese tipo de hierro, y si eso es así, compadre...—Emitió un suave silbido antes de darle el último trago a su *whisky*.

Por eso, cuando desembarcó en Santander y se encontró con una ciudad apacible, adormecida en el balanceo placentero de los baños de olas, en los debates acalorados y estériles entre liberales y conservadores, una ciudad, en fin, estancada en el comercio de harinas y cervezas con las Antillas, su asombro inicial dio paso a la decepción y a un cierto menosprecio por su propia tierra añorada en la distancia durante tantos años. Esa decepción no tardó en extenderse ante el estado del resto de España, sumida en un atraso y una falta de iniciativa que competían con la aversión a mirar más allá de sus fronteras, de su señorío provinciano, de su pasado glorioso. Y a pesar de todo, esa era su tierra, su país, y si debía tirar él solo del progreso, lo haría, aunque fuera por puro egoísmo. Se resistía a la idea de sucumbir a una vida ociosa e improductiva, dedicada a la única actividad de derrochar su fortuna en cafés, casinos, viajes y amantes. El diablo se reiría de él, y con razón, si descubriera que todos sus esfuerzos, penurias y sacrificios solo habían servido para convertirle en uno de esos caballeros ricos en labia y parcos en acción que él tanto despreciaba. Que todas esas noches oscuras enfrentado a sí mismo, finalmente le habían derrotado: ya tenía todo el capital que ansiaba. Y ahora ¿qué? Ahora, más. Su mente nunca descansaba imaginando nuevos proyectos, valorando inversiones y poniendo en marcha negocios que contribuyeran a mantener distraído su espíritu inquieto y atormentado.

—Me han llegado noticias de que don Claudio López Bru, el nuevo marqués de Comillas, busca subarrendar nuevos vapores para el transporte del correo y el abastecimiento de las tropas en Cuba, el servicio que la naviera del marqués realiza para el Estado. Le corre cierta prisa. El gobierno le ha puesto un plazo límite. Me preguntaba si querría ofrecerles sus

fragatas —dijo Arnaiz.

Había parado de llover, pero el abogado miraba desconfiado al cielo.

—Olvídelo. Su padre, el viejo marqués, estableció en su día unos precios demasiado bajos en sus contratos de transporte con el gobierno. Pagan mal y obligan a las compañías subarrendadas a cederle la gestión de la cantina del barco, por lo que los beneficios para el naviero son ínfimos. No. No me interesa ese tipo de acuerdos. Eso ya es el pasado. Hay que mirar al futuro, y el futuro es el hierro, la metalurgia, la industria. De hecho, he decidido vender una de las fragatas y adquirir un buque moderno en los astilleros de Portsmouth. Quiero invertir en progreso, en fábricas de hierro y acero, en la fabricación de nuevos productos derivados del metal, Arnaiz.

—En Santander, las sociedades de empresarios e inversionistas son muy cerradas, señor Balboa. No lo va a tener fácil si no paga ciertos *peajes* previos. —Su voz remarcó de manera significativa esto último—. Un contrato con don Claudio le abriría muchas puertas. Tenga en cuenta que la mayoría de los propietarios de navieras tienen intereses en otras empresas, sobre todo en las harineras, pero también en la banca y en la minería. Es difícil introducirse en el entramado de familias y sociedades que controlan el comercio de mercancías de esta ciudad.

—Siempre hay formas de hacerlo. Solo hay que estar en el lugar correcto y en el momento oportuno o... —Héctor Balboa se inclinó para arrancar con fuerza un manojo de maleza y unas ramas de espliego— facilitar que se produzca ese feliz acontecimiento.

El abogado negó con la cabeza, en un gesto preocupado.

—Aquí no. Quizá en Bilbao o en Gijón sería más fácil, la industria del hierro está generando mucho movimiento en el tráfico marítimo hacia Inglaterra. Pero en una sociedad tan cerrada y conservadora como Santander... Aquí los negocios se cierran ante un altar, por matrimonio, con la bendición del obispo o incluso del papa, si es posible. Así se han tejido las alianzas entre las familias harineras de Castilla y los navieros de Santander, entre otras muchas. Su fortuna, señor Balboa, es una excelente tarjeta de presentación, pero no es suficiente para hacerse merecedor del respeto y la confianza de esta gente. Le abrirán las puertas a sus tertulias políticas, a sus bailes y sus casinos, pero necesitará una alianza más fuerte para entrar en sus negocios y convertirse en uno de ellos. Una alianza matrimonial. Solo así podrá conseguir hacerse un hueco aquí.

—¿Y quién ha dicho que quiera ser uno de ellos?

—Si no es eso lo que desea, al menos, deberá aparentarlo por el bien de sus intereses, señor mío.

Héctor Balboa frotó entre sus dedos las hojas del espliego, pensativo. El matrimonio no entraba en sus planes inmediatos. De hecho, todavía no se había acostumbrado a la palidez marmórea de esas jóvenes damas con las que se cruzaba a veces en sus paseos, semiocultas tras sus sombrillas. Lejos de atraerle, sus sonrisas desvaídas y esa languidez exagerada le repelían como el tacto de un pescado correoso en sus manos. Aun así, estaba dispuesto a dar el paso si eso le ayudaba a conseguir sus propósitos.

—Hágame una lista de las hijas casaderas de las mejores familias de Santander, donde conste también sus negocios, inversiones y relaciones familiares. Si es preciso casarse para prosperar en mi tierra, me casaré con quien haga falta.

—Candidatas no le faltarán —respondió Arnaiz con una sonrisa ladina—. Ya ha corrido la voz de su fortuna por la ciudad. El proyecto de esta quinta ha empezado a suscitar rumores en los círculos sociales. Muchas señoras, con sus hijas del brazo, no tardarán en hacerse las encontradizas con usted en el paseo de la tarde.

—Y yo les devolveré el saludo con suma cortesía, no lo dude.

—Estoy convencido de ello, señor Balboa. Sin embargo, no nos conviene precipitarnos. Si me permite hacer uso de sus propias palabras, el lugar correcto para sus intereses es el pueblo de Comillas y el momento oportuno será el próximo verano, cuando aristócratas y potentados no solo de aquí, sino también de Bilbao y de Barcelona, acudan esperando que el rey vuelva a veranear allí, invitado por el nuevo marqués de Comillas, tal y como hizo el pasado año. Le aseguro que en apenas unas semanas, allí se hacen y deshacen tantos acuerdos, alianzas y negocios como pueda imaginar.

Balboa se detuvo, pensativo. La semana siguiente tenía previsto un viaje a Ruiloba, la aldea en la que se crio, muy cercana a Comillas. Debía visitar una obra que tenía en marcha, aunque el principal motivo de su viaje era ver con sus propios ojos en qué situación se encontraban las propiedades de Casa Trasierra, y acechar en la distancia al mayorazgo, el hombre que rompió su vida. Resolvió aprovechar el mismo viaje para pasearse por Comillas y, tal vez, indagar en busca de alguna casona en alquiler. Se giró hacia Arnaiz, que esperaba su respuesta con expectación simulada.

—De acuerdo. Iré a Comillas en verano. Mientras tanto, reúna toda la información que pueda sobre negocios, familias y vinculaciones: si debo casarme, quiero que sea la mejor

inversión de mi vida. —Clavó sus ojos oscuros en Arnaiz y su voz se enturbió cuando le preguntó—: ¿Ha averiguado ya el origen y cuantía de las deudas que tiene José Trasierra, tal y como le pedí?

—No está resultando fácil, don Héctor. Trasierra tiene un estrecho círculo de amigos que le ayudan a encubrir su situación real. Dudo que nadie en su entorno familiar esté al tanto de sus problemas económicos. Estamos a punto de hacernos con las deudas que penden sobre sus dos mejores fincas, aunque no nos podemos confiar: varios políticos relevantes de la provincia le deben más de un favor por recabar apoyos y votos de su comarca para el gobierno de Madrid. Y sabemos que ha conseguido un préstamo a costa de su casa solariega y la propiedad en la que se encuentra, que no sé cómo piensa devolver.

Casa Trasierra, joya y orgullo de esa familia durante siglos, ahora en juego. Héctor hizo rodar con su pie un tronco hueco y carcomido que se interponía en su camino y se volvió a su abogado con mirada exigente.

—No estará pensando... Trasierra tiene esposa y cuatro hijos, señor Balboa —añadió Arnaiz como excusándose, en un tono de voz más bajo—. No sería propio de un buen cristiano despojar a una familia de lo necesario para vivir con un mínimo de dignidad.

La expresión de Héctor Balboa no reflejó ninguna emoción. Volvió la vista hacia su propia casona en construcción, y dijo:

—Hágase con esas deudas, Arnaiz. Ya saldaré yo las mías con Dios o con el demonio cuando me llegue la hora.

CAPÍTULO DOS

Madrid, febrero 1883

Si se tratara de cualquier otra clase como música, francés o, incluso, gramática, Micaela Moreau habría ignorado los desconsiderados cuchicheos, juegos y risitas de sus jóvenes compañeras de mesa y se habría limitado a lanzarles de vez en cuando alguna mirada reprobatoria. Pero ese no era el caso. Se hallaban en la imponente sala de química con sus vitrinas repletas de frascos, microscopios y aparatos, frente a don Higinio, uno de sus profesores más admirados en la escuela, y pocas asignaturas le parecían más fascinantes que esa: le maravillaba contemplar los cambios que se producían en las sustancias, en su estado, su color, sus propiedades, para convertirse en algo diferente, algo con unas posibilidades nuevas y desconocidas que quizá estuviera llamado a ser parte de algún nuevo avance de la ciencia. Así que, no, no estaba dispuesta a aguantar que dos jovencitas infantiles y maleducadas le impidieran escuchar la lección que ese día impartía don Higinio sobre los hallazgos de Pasteur. El científico francés había descubierto los mecanismos de contagio de las enfermedades infecciosas a partir del estudio de una plaga que estaba mermando los criaderos de gusanos de seda en el sur de Francia.

Micaela ya les había llamado discretamente la atención una vez y, si bien asintieron ambas con expresión inocente, en cuanto le dieron la espalda las escuchó reírse de «doña solterona marisabidilla», uno de los motes que circulaban sobre ella en los pasillos de la escuela. No le molestaba, en realidad. Lo de «marisabidilla» lo llevaba hasta con orgullo:

tenía inquietudes, curiosidad por saber, por aprender; disfrutaba del estudio y no tenía por qué contenerse cuando conocía la respuesta a las cuestiones que los catedráticos planteaban en la clase. Y solterona... bueno, debía admitir que a sus veintiocho años, lo era. Sus compañeras rondaban los dieciocho, uno más arriba, uno más abajo. La única alumna de su edad era una joven viuda matriculada en la Escuela de Correos y Telégrafos. Al parecer, tenía intención de sacarse el título para colocarse en Correos con el único fin de liberarse de la excesiva vigilancia y protección a la que la sometían sus familiares. Ella, por su parte, finalizaría sus estudios en la Escuela de Institutrices el siguiente mes de mayo y se presentaría a los exámenes para obtener el título de maestra en la Escuela Normal de Madrid.

—Si no dejáis de cuchichear, me ocuparé de que don Higinio sepa que necesitáis tarea extra para entender los descubrimientos de Pasteur, puesto que no habéis escuchado ni una sola explicación durante todo el tiempo —susurró inclinándose entre las dos. Su mirada reflejaba tan firme resolución, que las chicas enmudecieron instantáneamente.

Al finalizar la lección, Micaela recogió sin prisa su libreta, su plumín y su tintero mientras el resto de alumnas abandonaban la sala con cierto revuelo cansado. La última hora de la tarde se hacía muy larga y había quienes daban alguna que otra cabezada disimulada, convencidas de que nunca les sería de mucha utilidad saber por qué fermenta la cerveza o para qué hervir la leche recién ordeñada. ¿Qué familia de bien les exigiría luego que enseñaran química a sus pequeñas pupilas, en caso de que alguna de ellas decidiera ejercer de institutriz? ¡Ninguna! La mayoría de los progenitores solo pretendían que sus hijas supieran leer y escribir pero, sobre todo, que aprendieran a realizar con primor las labores propias de cualquier dama: coser, bordar y tocar *Para Elisa* al piano.

Antes de que se pudiera dar cuenta, la sala se había quedado vacía y silenciosa. Don Higinio se afanaba en colocar los frascos con las sustancias químicas y las disoluciones en una de las vitrinas de madera que cubrían la pared. Micaela se dirigió al escritorio para depositar con cuidado su cazoleta de tinta junto al resto, en la bandeja de madera agujereada. Al verla, el profesor le hizo una seña para que se aproximase al escritorio.

—Don Julián me ha dicho que le transmita toda su gratitud por la traducción que ha realizado de los dos artículos sobre el trabajo de Pasteur. Será de gran ayuda para los estudiantes de la facultad, no tenga ninguna duda.

La joven esbozó una breve sonrisa de satisfacción.

—Me alegro de haber sido de utilidad, don Higinio. Y... ¿pudo usted preguntarle sobre la posibilidad de que yo asista a la conferencia que organiza sobre Charles Darwin en el Real Museo de Ciencias Naturales?

El profesor continuó recogiendo de manera distraída sus pertenencias como si no hubiera escuchado la pregunta de Micaela. Finalmente, carraspeó antes de decir:

—Me temo que no va a ser posible, señorita Moreau. Los catedráticos del museo son muy estrictos en ese sentido y no miran con buenos ojos la presencia de señoritas en sus dominios.

—Pero don Higinio... si solo es una presentación de la traducción al español del trabajo del señor Darwin. Y mi padre conocía al traductor, al señor Godínez, un caballero muy moderado en su habla y sus ideas.

—Ya me gustaría decirle que sí, pero créame que no es posible. Esta presentación ha generado mucha polémica no solo en determinados círculos políticos sino también entre los propios investigadores del museo, debido a las teorías anticatólicas del señor Darwin. Es más que probable que suscite un agrio debate poco apto para señoritas como usted. Y por otra parte, ciertos catedráticos consideran que el ambiente científico del museo no es ni adecuado ni conveniente para la sensibilidad femenina.

Micaela pestañeó desconcertada. Su boca quiso pronunciar una airada protesta: «¡Le aseguro que mi sensibilidad aguantará el debate con la misma entereza que un hombre, don Higinio!», pero se le quedó atascada en la punta de la lengua como si se hubiera asomado al borde de un abismo y, entonces, lo único que pudo hacer fue bajar los ojos a los títulos dorados de todos esos libros amontonados sobre la mesa, disimulando su decepción. Por alguna razón, había pensado que don Higinio, uno de los profesores más serios de cuantos enseñaban en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, el correspondiente femenino de la Institución Libre de Enseñanza de don Francisco Giner de los Ríos, apreciaba su interés en la ciencia e intercedería a favor de que ella, una de sus mejores alumnas, pudiera asistir a esa conferencia en el Real Museo de Ciencias Naturales. Se equivocó. Había sido una ingenua por confiar en él. Nunca escarmentaba.

Farfulló una despedida al profesor y se dirigió a la puerta donde casi se dio de bruces con el cuerpo menudo de otra joven que se disponía a entrar apresurada en ese instante.

—¡Eugenia! ¿A dónde vas a estas horas? Ya ha terminado la clase —dijo fijándose en

los esfuerzos que hacía su compañera por no perder el montón de papeles que portaba contra su pecho.

—Te estaba buscando —respondió la joven una vez se recompuso—. Te he traído lo que me pediste y además, algo que te puede interesar.

—¿Lo tienes aquí? —preguntó Micaela entornando tras de sí la puerta del aula donde aún permanecía don Higinio. Al ver el gesto de asentimiento de su compañera, recorrió de un vistazo todas las puertas cerradas que daban al patio central y con un gesto, le indicó una de ellas a su compañera—. Vamos a la sala de música.

Eugenia la siguió escudriñando las salidas y entradas al patio. Una vez en el interior, depositó dos cartapacios encima de un buró y desanudó los lazos de raso que los cerraban.

—Esto es todo lo que he podido recopilar de tu larga lista de peticiones: los boletines de la Institución Libre de Enseñanza que incluyen algunos de los artículos sobre pedagogía que mencionaste, así como los de doña Concepción Arenal —dijo al tiempo que extraía un fajo de papeles impresos—. Y también he conseguido otros artículos escritos a partir de las conferencias dominicales que impartió hace años en el paraninfo del Ateneo sobre la educación de la mujer, y que Avelina, la secretaria del centro, guardaba como oro en paño. Los boletines te los puedes quedar, pero los artículos debo devolvérselos antes de que alguien los eche en falta en el archivo. Al parecer, don Giner de los Ríos tiene a doña Concha en mucha consideración y le gusta recopilar sus textos.

Micaela no respondió. Sus manos temblaban de emoción al coger el paquete de papeles que hojeó con avidez, sin detenerse en ningún texto concreto, mientras su boca se distendía en una sonrisa ilusionada. Por fin podría leer y estudiar las ideas no solo de doña Concepción Arenal sino también del grupo de catedráticos e intelectuales que colaboraban con la Institución Libre de Enseñanza y defendían los postulados krausistas en favor del progreso, la igualdad y la promoción cultural de la mujer y de las clases trabajadoras. Las mismas ideas que había defendido su padre y que con tanta pasión le había inculcado a ella desde que le enseñara a leer y escribir, con apenas seis años. Alzó la mirada agradecida a la joven de ojos vivos sentada descuidadamente en uno de los sillones, que la observaba en silencio, atenta a cada uno de sus gestos.

—¿Cómo te lo podré agradecer, Eugenia?

Eugenia contestó con un gesto despreocupado.

—No hace falta que me lo agradezcas. Lo he hecho también por mí. Estoy redactando

una columna para el boletín de la asociación, en el que defiende que las mujeres tenemos derecho a ejercer las mismas profesiones que los hombres. Misma educación, mismas oportunidades laborales. Mi padre conoce al director de *La Moda Elegante*. ¿Crees que podría interesarles publicarlo?

Micaela hizo un movimiento dubitativo con la cabeza.

—¿Una columna para reclamar el derecho a trabajar de las mujeres, intercalado entre las descripciones de los figurines de moda llegados de París y los folletines? Sus suscriptoras pondrían el grito en el cielo y, a continuación, cancelarían su suscripción a la revista.

—Pues entonces podría intentarlo en *El Correo de la Moda*. De vez en cuando publican artículos en defensa de las mujeres.

—Eugenia, mira a tu alrededor: la mayoría de nuestras compañeras no poseen ninguna intención de trabajar, ni tan siquiera como institutrices, salvo, quizá, las compañeras de la escuela de Correos y Telégrafos.

—Doña Emilia Pardo Bazán dice que nos educan para ser domadas, y tiene razón. Somos las primeras en escandalizarnos cuando alguna señorita pretende demostrar habilidades iguales a las de los hombres. No nos quejamos, no protestamos. Si las propias mujeres no defendemos nuestro derecho a la igualdad en la educación y nuestro derecho a trabajar, ¿cómo podremos reclamar nada a los hombres? —se quejó Eugenia con amargura—. Ese debería ser el primer paso.

Para ser tan joven y tan menuda, pensó Micaela, su determinación resultaba envidiable. Ella no se consideraba una persona pesimista, pero tampoco pecaba de idealista. La excelente y avanzada formación que recibían en cualquiera de las escuelas de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer no pretendía hacer de ellas otra cosa que no fuera esposas y madres con la cultura necesaria para ascender a la categoría de digna compañera de esos hombres formados en la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos como adalides del progreso de la sociedad española. Educación de las mujeres, sí, pero con el único fin de que contribuyeran a la felicidad de sus maridos y se encargaran de la instrucción de sus hijos en la razón y el conocimiento empírico que tanta falta hacía en un país tan atrasado respecto a Europa. Así lo había expresado incluso el propio don Fernando de Castro, fundador y presidente de la asociación, en sus conferencias dominicales en el Ateneo Artístico y Literario de Señoras. Y por mucho que intentara advertirlas de que esa formación no debía alentar en ellas ideales y expectativas de independencia que no se podrían cumplir,

lo cierto es que el germen de la duda había anidado en algunas alumnas. Ya no había marcha atrás, por mucho que se empeñaran esos catedráticos de corte progresista. Sin embargo, era necesario no distraerse de lo más importante. Y en opinión de Micaela, lo más importante en esos momentos era conseguir que la formación que recibían niños y niñas fuera la misma. ¿Qué sentido tenía que las niñas aprendieran en la escuela únicamente labores del hogar y doctrina cristiana, como ocurría ahora? ¿Qué aspiraciones podrían llegar a tener si no educaban por igual su mente y su espíritu? El conocimiento era la llave de la libertad. La prioridad debía ser la educación y el conocimiento; tal vez más adelante, llegaría el momento de librar la batalla del trabajo.

—En el Congreso Nacional de Pedagogía del año pasado, ya hubo un grupo de maestras que reclamó la igualdad de salarios entre maestros y maestras —dijo Micaela—. ¿No es eso suficiente?

—¿Suficiente? ¿Debo limitarme a trabajar solo como maestra? ¿O en aquellas profesiones que los hombres consideran lo suficientemente femeninas para mí? ¿Modista? ¿Institutriz? ¿Operadora de telégrafos? ¿Y si quiero dedicarme a la medicina, a la abogacía o al periodismo, como el maestro Mesonero Romanos o como Larra?

—¿Y eso es lo que deseas realmente, Eugenia?

—¿Sabes? Cuando era pequeña deseaba con todas mis fuerzas ser un varón, como mis hermanos, y así poder escapar de mis clases de piano y correr tras ellos cada vez que los veía salir de casa. Hemos vivido en Londres, en Viena, en París, y en cada uno de esos lugares he conocido mujeres que no se han conformado con el destino que les han marcado los hombres o la propia sociedad y han conseguido soslayar los convencionalismos de su entorno para crearse una vida propia. Y en Nueva York han creado una asociación de mujeres que luchan por su derecho a votar, Micaela. ¡Votar! —Soltó una pequeña carcajada incrédula—. Desde que estudio aquí, con catedráticos que no dudan de nuestra capacidad para aprender las mismas materias que enseñan a sus alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, me he dado cuenta de que jamás podría ni querría renunciar a mi condición de mujer; no hay nada malo en nosotras, al contrario. Más bien son ellos, aquellos que nos consideran inferiores y débiles de espíritu, los que deben tener algo mal en su interior. —La muchacha se había levantado de su asiento y deambulaba por la estancia mirando sin mayor interés los retratos de grandes músicos colgados de las paredes. Se detuvo junto a una pequeña repisa donde descansaba una estatuilla de alabastro de la diosa Atenea y deslizó su mano por los suaves

contornos del cuerpo desnudo, apenas cubierto por el escudo como única vestimenta—. Por otra parte, he llegado a pensar que me resultaría más fácil ocultar mis atributos femeninos como hizo doña Concha cuando se cortó el pelo y se vistió como un hombre para poder asistir a la universidad, que modificar la forma de pensar de todos esos caballeros que tanto dicen admirarnos y adorarnos. Si lo hiciera, me convertiría en don Eugenio Velarde. ¿Qué tal suena?

—¿Hacerte pasar por un hombre toda tu vida? ¡Qué cosas dices, Eugenia! ¡Eres incorregible! —exclamó Micaela soltando una pequeña carcajada incrédula.

La joven se volvió hacia ella con una sonrisa traviesa y tomó de nuevo asiento a su lado.

—¡Y ahora tengo algo aún mejor para ti! —rebuscó en su bolso hasta extraer un sobre timbrado. —Mi tía Inés ha escrito a mi madre preguntándole si sabe de alguna maestra de buena familia para el colegio de niñas de las señoritas Ruano, en Santander. Al parecer, es el mejor colegio de señoritas de la ciudad, al que llevan a sus hijas las familias más pudientes, y enseguida pensé en ti. ¿No era eso lo que buscabas?

No hacía falta que respondiera. El brillo de sus ojos unido a la sonrisa que se dibujó en su cara, lo decían todo.

—¿Cuándo habría que empezar?

—Oh, sería para el próximo curso.

—¡Por supuesto que sí! ¿Crees que tu madre podría responder a tu tía cuanto antes dándole referencias sobre mí? —la expresión de Micaela era ahora casi de súplica.

—Yo misma redactaré la carta en su nombre. ¿Quién mejor que yo para hablar de todas tus virtudes y bondades como educadora de futuras e instruidas revolucionarias? —respondió Eugenia que, con la agilidad propia de sus veintiún años e impropia de una señorita, se levantó de la banqueta y se intentó ahuecar el pequeño polisón que se había quedado chafado en la parte trasera de su vestido. De pronto se llevó la mano a la boca y exclamó—: ¡Se me olvidaba! Permíteme medirte el cráneo y esa frente tan ancha y despejada que tienes. —Cogió de su bolso una cinta de raso roja marcada con las medidas de un metro—. Estoy realizando un estudio de campo que demuestre la estupidez de la teoría del doctor Gall por la que afirma que las mujeres tenemos menos desarrollado el cerebro y que por eso tenemos la frente más estrecha que los hombres, *ergo*, somos menos inteligentes que ellos.

Micaela sonrió con cierta condescendencia.

— No necesitas demostrar nada, Eugenia. Muchos científicos de toda Europa ya han alertado de su falsedad.

—Al parecer, no los suficientes, puesto que en el Congreso Nacional de Pedagogía, todavía hubo algún señor que se atrevió a mencionarlo —replicó Eugenia rodeando con el metro el cráneo de Micaela. Apretó la cinta sobre su espeso cabello castaño claro, domeñado bajo un sencillo recogido.

El reloj de péndulo marcó la media con dos campanas que produjeron un pequeño sobresalto en las jóvenes. Se había hecho más tarde de lo previsto. Intercambiaron una mirada apurada y ambas comenzaron a recoger sus papeles y pertenencias.

—El carruaje de mi padre debe estar aguardándome desde hace rato —dijo Eugenia —. ¿Dónde vives? Te llevaremos hasta tu casa.

—En la calle de Serrano, pero descuida. Me gusta caminar.

—¿Caminar hacia las afueras de Madrid a estas horas y con el frío que hace? ¡No digas tonterías o no necesitaré la medida de tu cabeza para saber que no eres tan lista como pensaba!

CAPÍTULO TRES

Probablemente, podría haber cogido el tranvía en la calle Alcalá, pero siempre que podía, procuraba evitar gastos innecesarios. La muerte de su padre las había dejado, a su madre y a ella, en una situación precaria, con la renta justa para mantenerse a duras penas. El elegante edificio señorial de la calle Serrano ante el que se detuvo el carruaje para que se apeara Micaela, era la última concesión a la apariencia de riqueza que quería mantener su madre a toda costa. Ese piso que con tanto orgullo le había comprado su padre años atrás al marqués de Salamanca, era casi su único patrimonio restante.

Apenas pulsó el timbre, la puerta del piso se abrió mostrando la cara de preocupación de Dora, la criada que llevaba en la familia desde siempre. Su madre se había negado a prescindir de ella cuando tuvieron que despedir a todo el servicio: dos criadas, una cocinera y el cochero. ¿Para qué necesitaban un cochero si incluso se habían visto obligadas a vender el carruaje con sus cuatro caballos para saldar las deudas tras la muerte de su padre?

A pesar de su avanzada edad, Dora era de constitución fuerte y saludable. Sus piernas gruesas se movían ágiles e incansables de un lado a otro de la casa, limpiando, planchando, cocinando y arreglando lo que hiciera falta, con la soltura de alguien acostumbrado a solucionar en la sombra. Todo el trabajo que realizaban en la casa tres criadas y una cocinera hacía apenas un año lo había asumido ella sin una sola queja. Por lo que Micaela sabía, ellas dos eran la única familia que conocía.

Micaela agradeció el calor de hogar que la envolvió al entrar en el recibidor. Traía las mejillas sonrosadas, los labios resecaos del frío. Lo primero que hizo fue quitarse los guantes de cabritilla que cubrían sus manos. Luego, se desprendió del sombrero y al hacerlo, un

mechón rebelde le cayó hasta el mentón, acariciando la piel. Se lo sujetó con habilidad en una de las horquillas que llevaba.

—¡Nos tenías muy preocupadas, niña! Su madre ha preguntado ya dos veces por usted y su tía Elvira no ha querido marcharse hasta no verla aparecer sana y salva por la puerta o... —dijo ayudándola a quitarse la pelliza— hasta acabar con la bandejita de pasteles que me mandó comprar su madre en Lhardy.

Micaela sonrió imaginándose. Su tía Elvira era adicta al dulce y presumía de haber catado y calificado todas las confiterías de Madrid sin excepción, razón por la cual podía asegurar sin temor a equivocarse que los pasteles de Lhardy eran «dignos del paladar de un rey».

—La clase de química se ha prolongado un poco más de lo habitual, eso es todo —se excusó tras una pequeña mentira que bien podría haber sido cierta—. No tienen de qué preocuparse: me ha acompañado a casa la señorita Eugenia Velarde, la hija del duque de Quintanar, en su carruaje.

—Ande, apresúrese y vaya al gabinete de su madre para que se quede tranquila. Ya sabe que las preocupaciones la alteran.

Un ligero escalofrío le recorrió el cuerpo al adentrarse en el pasillo oscuro y helado que conducía al lugar donde solía pasar las tardes su madre, recostada en el diván con dos capas de mantas encima. Desde hacía varios meses apenas salía de allí debido al agravamiento de sus dolencias respiratorias, que no solo le impedían realizar ningún esfuerzo por pequeño que fuera, sino que hacía que el más mínimo resfriado le provocara tal crisis, que tanto Dora como ella temían por su vida. Y nada inquietaba más a Micaela que perder a su madre cuando hacía apenas once meses que habían enterrado a su padre tras una larga enfermedad que le había mantenido postrado en la cama durante más de un año. De la noche a la mañana, el hombre vital, optimista e incansable que había sido Alphonse Moreau, cayó fulminado por un extraño mal que le consumía por dentro. Micaela se dedicó a cuidarlo durante todo ese tiempo. Consultaron con los mejores médicos, le consiguieron medicamentos aún desconocidos en España, y aun así, no hubo nada que hacer. La enfermedad fue devorándolo día a día, mes a mes, sin darle tregua. Él se desesperaba ante su incapacidad para asumir la dirección de sus negocios, que comenzaron a ir de mal en peor. La competencia en el mundo del espectáculo era implacable. Las deudas crecieron y se acumularon a lo largo de su enfermedad, hasta el día de su muerte. Todo el mundo le lloró: su

esposa, sus amigos, su socio en la empresa de espectáculos que dirigía desde hacía más de veinte años, así como los empleados del teatro que gestionaba.

Pero quien más lo lloró fue Micaela. Alphonse Moreau, francés asentado en Madrid hacía más de treinta años, hombre amante de la vida, de la naturaleza, de la ciencia, del progreso y la libertad, había sido, desde que tuvo uso de la razón, su maestro, su guía, su ventana al mundo del conocimiento y la razón. Su padre fue quien le habló de Descartes, de Voltaire, de Rousseau, de Isaac Newton. Fue quien dirigió sus lecturas a las obras de Cervantes, Balzac, Flaubert, Dickens, Chateaubriand, y le abrió los ojos a países lejanos de África y de oriente con culturas y costumbres muy distintas a las suyas; él fue, en fin, quien le enseñó que los ideales de libertad, igualdad y fraternidad por los que lucharon sus compatriotas en la Revolución francesa debían de ser el faro por el que guiarse siempre en la vida. «Nunca renuncies a tu libertad, *ma chérie*. Nadie puede ser dueño de nadie, nadie puede regir el destino de nadie. Solo tú eres dueña de tus pensamientos, tus actos y tu destino. No dejes que nadie te quite eso. No hay más Dios que la razón». Todo eso le dijo el día de su decimoséptimo aniversario, mientras colgaba de su cuello un pequeño camafeo de la diosa Minerva, la combativa diosa de la sabiduría. Fue el mismo día que las calles de Madrid dieron la bienvenida a la República, y su padre se movía exultante y dicharachero entre el pequeño grupo de invitados que asistió a la celebración de su cumpleaños. Luego Micaela sería testigo de su desencanto, de la incredulidad con la que relataba los desencuentros y traiciones entre los grupos progresistas, de la enorme decepción que precedió a su distanciamiento de los círculos políticos de la villa, aunque siguiera dejándose la voz en las tertulias de café en defensa del sufragio universal, la educación de mujeres y clases trabajadoras y la abolición de la esclavitud en las colonias.

Sí, pensó Micaela pasando sus dedos por el retrato de un joven y orgulloso Alphonse Moreau colgado en la pared del pasillo, ella había crecido arropada por esos ideales que parecían alejarse cada día más de su realidad cotidiana, pendiente de cada acceso de tos de su madre.

Según se acercaba al gabinete escuchó pronunciar su nombre, por lo que se detuvo junto a la puerta antes de entrar.

—... no puedo pedirte eso, Elvira —escuchó la voz débil de su madre—. Suficiente tienes con lo tuyo. No, no. Pero no ceso de preguntarme qué será de ella cuando yo falte, qué futuro le espera sin una figura masculina a su lado, sin la excusa de la juventud, sin una

belleza singular, sin una dote apropiada... Ella dice que desea ser maestra. —Su madre emitió un gemido lastimero, prólogo de una sucesión de toses sibilantes y ahogadas.

—¡Ave María Purísima! Padre jamás habría consentido que ninguna de nosotras se rebajara a trabajar, y menos de maestra. ¡Esas mujeres viven prácticamente de la caridad en remotas aldeas perdidas de la mano de Dios! ¡Y he oído que las obligan a renunciar a crear una familia propia y muchas se convierten en la manceba del maestro! No podemos consentirlo, Isabel. ¿Qué pensarán de nosotras, de las hijas de Alonso Altamira, si alguien se entera de que Micaela trabaja? ¡Y de maestra! ¡Debes quitarle esa idea de la cabeza! —respondió su tía escandalizada, sosteniendo un pastelillo a medio camino de su boca.

— ¿Y qué puedo hacer? Por más que la he educado para comportarse en todo momento como una dama, su padre le permitió libertades que luego han derivado en esto. Según ella, su vocación es la enseñanza al igual que la vocación de una religiosa es servir a Dios.

— ¡Pues que tome los hábitos y así podrá enseñar la doctrina del Señor! —La carcajada bronca de su madre fue la mejor respuesta que podía esperar Micaela. Pero la tía Elvira no se rindió—: Bien, pues entonces que se coloque de institutriz en alguna familia noble y católica que la acoja en su seno. Al menos, sería una ocupación decente y viviría en un entorno apropiado a su clase y condición.

Micaela asomó un ojo por el marco de la puerta.

—En mayo se va a presentar al examen de la Escuela Normal para conseguir el certificado de maestra...

La cara de espanto que puso su tía Elvira fue suficiente para que su madre optara por fingir otra tosecilla y callarse. Su tía terminó de tragar el pastel que tenía en la boca y tras limpiarse las comisuras con dos toquecitos de su servilleta, resolvió:

—Debemos casarla cuanto antes. Quizá Hilario y yo podamos encontrar algún arreglo para ella entre los caballeros del partido conservador con los que él se codea en el casino —dijo adoptando el tono engolado que utilizaba ante su hermana cuando aludía a las ocupaciones de su marido—. Más de uno le debe algún que otro favor aunque no sé... mira el tiempo que llevamos esperando que su amigo Muñiz le consiga un puesto en el gobierno, en un ministerio, en una secretaría, en una comisión, donde sea, y no hay manera. Para ese tipo de favores necesitas mejor padrino que el secretario de un comisionado, al parecer. —Su tía hizo una pausa, como si estuviera recordando viejos agravios y deudas que ella jamás

olvidaba—. Pero sí, buscaremos un buen pretendiente para nuestra Micaela... A fin de cuentas, es nuestra sobrina y puesto que Dios no nos ha bendecido con hijos, qué mayor satisfacción que tratarla como si fuera nuestra propia hija y conseguir para ella un matrimonio ventajoso...

La voz de su madre se tiñó de esperanza al preguntar:

—¿Crees que algún caballero de buena posición podría pretenderla todavía? Tal vez ya no tenga la frescura de los veinte años, pero sigue siendo una joven agradable, discreta y hacendosa. Jamás nos ha dado un disgusto ni ha tenido una palabra de queja por su dedicación a mí; ni siquiera durante la enfermedad de Alphonse, que en paz descansa. Incluso cuando supo de la muerte de su prometido, ella mantuvo la entereza y la serenidad. —Doña Isabel emitió un largo suspiro resignado—. ¡Ay! ¡Qué distinto habría sido todo si se hubiera casado con aquel joven capitán!

Sí, suspiró Micaela con pesar apoyando la cabeza contra el marco de la puerta, al otro lado del tabique. Qué distinta habría sido su vida si no se hubiera cruzado aquella tarde de hace siete años con Rodrigo Dulce, ese joven que la miraba insistentemente como si su presencia ejerciera algún tipo de atracción magnética sobre él. Qué distinta, si no hubiera accedido a pasear en su compañía enredándose los ojos y las horas en juegos y conversaciones amables en las que descubrió, casi al instante, haber encontrado a su alma gemela, alguien tan rendido al afán de saber como ella misma. Se comprometieron a los dos meses, con toda la ilusión de los veinte años. Micaela se sintió desbordada por un sentimiento de amor tan grande que, a veces, se sentía atenazada por el miedo a perderlo. Ese miedo se instaló en su interior una mañana de junio, cuando Rodrigo se presentó en la casa para anunciarle, orgulloso y satisfecho, que le habían encomendado una misión en las Antillas, en Cuba, para más señas. Todas las lágrimas las lloró el día en que su prometido partió en dirección al puerto de Santander, donde embarcaría con las tropas.

Quién sabe si su vida hubiera sido distinta si el valiente capitán del ejército de Su Majestad, deseoso de demostrar que era digno hijo de su padre, el laureado general Dulce, no hubiera perdido la vida en una escaramuza de una aldea perdida de la isla, de nombre casi impronunciable. Por eso, cuando le comunicaron su muerte, nadie entendía que no se deshiciera en lloros: no le quedaban lágrimas. El miedo dio paso al vacío de saber que nunca más regresaría, que toda esa ausencia que se había instalado a su alrededor, esperándole, jamás podría llenarla ningún otro.

Su tía Elvira se tomó unos minutos para responder, como si repasara mentalmente algún catálogo de posibles pretendientes. Antes de que Micaela decidiera irrumpir en la estancia y cortar esa ridícula conversación, oyó de nuevo la voz de su tía:

—Está don Joaquín Sepúlveda, un hombre cabal y discreto donde los haya... senador por Valencia. —Hizo una pausa, cavilando al aroma de la taza de chocolate suspendida frente a sus labios, antes de continuar con tono resuelto—: Sin embargo, ya ha cumplido los sesenta años y está de retirada de la vida política y social. No. Creo que no sería adecuado para los intereses de Micaela, querida. —Bebió un sorbo de chocolate con parsimonia, absorta en valorar opciones, medir posibles alianzas—. Ahora que lo pienso, Hilario me contó hace un tiempo que el barón de Cabuernas había enviudado de nuevo. Estaba casado en segundas nupcias con doña Socorro de Daoiz, viuda de Daoiz, poseedora de una considerable fortuna. La pobre señora debió incubar algo horrible porque de la noche a la mañana, se encerró en la casa víctima de una enfermedad infecciosa y ya solo pudo salir de allí con los pies por delante. ¡Qué desgracia la de este pobre hombre! Quién le iba a decir que enterraría a dos esposas... De la primera se dice que enloqueció —dijo bajando la voz—. Y sin embargo, no hay mal que por bien no venga: a sus cincuenta años, es dueño y señor de un gran capital, suma de las herencias de cada una de sus dos esposas fallecidas, y ocupa un escaño de diputado por Madrid en las filas del partido conservador, donde al parecer, es persona cercana a don Antonio Cánovas del Castillo. ¿Te das cuenta de lo beneficioso que podría resultar para Micaela casarse con todo un señor barón con fortuna, escaño en las Cortes e influencias en el gobierno?

—Ay, Elvira, me conformaría con que fuera un buen hombre, de posición acomodada, eso sí, capaz de cuidar de ella cuando yo no esté. Estoy segura de que a estas alturas no será tan ingenua y exigente como hace unos años, cuando rechazó a su último pretendiente. ¿Hay algo que nosotras podamos hacer?

A Micaela, las palabras de su madre se le clavaron en el pecho como agujones.

—Tú déjame a mí. Debemos ser prudentes y esperar; si no recuerdo mal, doña Amparo me dijo que el conde se había marchado una temporada a París. Probablemente no vuelva hasta la primavera, y entonces será cuando podamos tantear su predisposición a casarse de nuevo. Estoy convencida de que una vez transcurrido el luto, un hombre de su edad necesitará tomar esposa, una esposa joven y discreta como nuestra Micaela. Quizá carezca de una buena dote, pero nuestro apellido es muy respetado.

—¿De verdad lo crees, Elvira? Mira que si yo pudiera ver a mi hija casada, ya me podría morir en paz.

—¡Por supuesto que lo creo! —exclamó Elvira casi ofendida por el tono dubitativo de su hermana—. No olvides que los padrinos de Micaela son nuestra hermana Angélica y su esposo, el marqués de Peñubia. Estoy segura de que al barón de Cabuernas le interesaría emparentar con una familia como la nuestra.

—Sí, una familia que hasta se relaciona con el rey, según me contó Angélica. Que Tomás tuvo el honor de acompañar a la comitiva don Alfonso y su mujer, doña María Cristina, en numerosas ocasiones mientras duró su estancia en Comillas el pasado verano —apuntó su madre.

—¿Ves? Debemos empezar a preparar el camino. Mañana, Hilario y yo tenemos entradas para el Teatro del Circo, y el jueves iremos a la tertulia semanal en el salón de doña Leonor. Y ya sabes que Hilario acude casi cada tarde al casino para echar su partida de dominó. Le diré que haga algunas averiguaciones.

Micaela se mordió el labio inferior con saña para controlar el deseo de irrumpir en la estancia y detener ese despropósito. ¿Un marido? No quería ni necesitaba un hombre a su lado para que la sacara de paseo como un pavo real, le revisara sus lecturas o le sancionara cada vez que ella expresaba sus propias ideas. Le vino a la mente el rancio de Agustinín Real, relamido e insufrible, y por supuesto, se acordó de Armando. Su sonrisa de embaucador. Su verborrea aduladora. Hipócrita. Arribista. Mediocre. No necesitaba un marido que le tutelara la vida, que le confundiera los sentimientos. Jamás volvería a ceder su libertad a ningún hombre.

Su deseo oculto ante las ilusiones que aún albergaba su madre era permanecer soltera y dedicarse a enseñar a todas esas niñas discriminadas en favor de sus hermanos varones, recluidas entre las cuatro paredes de la ignorancia y el desconocimiento de lo que ocurría más allá de su hogar, de los paseos y las modas, sin ninguna oportunidad para mejorar su existencia. Suspiró de manera inaudible. En ese momento, no se veía con ánimo de enfrentarse a los deseos de su familia. Sobre todo a los de su tía Elvira, poco acostumbrada a que la contradijeran ni aquí ni en su casa. ¡Buena era ella! Tenía un carácter agrio y rencoroso, difícil de predecir. También era cierto que le hacía mucha compañía a su madre en sus tardes de visita, momento en que se erigía en ama y guardiana del estado de salud de Isabelita —para ella, siempre sería su hermana pequeña—; repasaba su aspecto, los síntomas

nuevos o los persistentes, daba cuenta con Dora de los remedios prescritos por el doctor y, finalmente, tomaba posesión del sillón orejero desde donde hacía un repaso exhaustivo de los dimes y diretes de la villa sin perder detalle.

—Hazlo, pero con discreción, Elvira. —La voz de su madre sonaba muy cansada—. Con mucha discreción, por Dios te lo pido. Ya sabes que estas cosas son delicadas... Prácticamente nadie de nuestro entorno conoce cuál es nuestra situación actual después de haber pagado todas las deudas que dejó Alphonse al morir, y no nos conviene que lo sepan. No, hasta que mi hija tenga su futuro resuelto. Y Micaela tampoco deberá saberlo. Ya se lo contaré cuando haya algo que contar.

—Por supuesto, Isabelita. Descuida. —Su hermana se inclinó y palmeó, condescendiente, el hombro de su hermana—. A todos nos interesa que sea así.

Micaela decidió no darse por enterada de los planes que urdían su madre y su tía Elvira. Ella también guardaría en secreto su intención de aceptar el puesto de maestra del que había tenido noticia a través de la tía de Eugenia.

CAPÍTULO CUATRO

Aquella mañana, Micaela se calzó sus zapatos ingleses de tacón bajo, se puso sus manoplas forradas de borreguillo y salió temprano a pasear hasta el Parque del Buen Retiro. Llevaba varios días recluida en la casa debido a una neumonía que había empeorado la salud y el ánimo de su madre. Doña Isabel se debilitaba un poco más con cada embate de la enfermedad y su carácter se volvía irracional, casi infantil. La requería constantemente a su lado, como si temiera morir en cualquier momento; le pedía que le suministrase ella las medicinas, que rezara el rosario sentada a su cabecera, que le leyera en alto solo para acunarse en el sonido de su voz. Y ella la custodiaba día y noche, casi sin descanso.

Una vez pasado lo peor, Micaela reanudó las largas caminatas mañaneras que destensaban su cuerpo y su espíritu. Había cogido esa costumbre poco después de que su prometido se embarcara hacia Cuba. Durante los meses de su ausencia, se despertaba con la angustia agarrada al pecho y una sensación de ahogo tan fuerte, que necesitaba escapar de la casa para respirar el aire gélido y cortante de las mañanas invernales en Madrid. Su padre la acompañaba y, juntos, caminaban a paso brioso desde la calle Serrano al Paseo de los Agustinos Recoletos hasta llegar a la plaza de Cibeles, donde giraban en dirección al Retiro.

Al traspasar las puertas enrejadas del parque, Micaela respiraba hondo, cansada por el esfuerzo aunque con el espíritu templado. Su padre le decía que no debería preocuparse tanto, el joven capitán volvería, claro que sí. Y ella le creía. Deseaba creerlo con todas sus fuerzas. ¡Había sido todo tan breve y tan intenso! Jamás imaginó que el amor sería así, exultante y doloroso. Con él fue la mujer más feliz del mundo durante los tres meses que estuvieron juntos, al igual que luego se convertiría en la más irascible e impaciente durante los diez

meses que duró su separación forzosa. Desde el momento en que conoció a Rodrigo, le enamoró descubrir en él el espíritu sensible y romántico de un poeta, la gallardía de un militar, los principios e ideales de un hombre de su tiempo, sensato, amable, risueño... un hombre de paz abocado a la guerra por el destino. Al recordarlo, entonces y ahora, era incapaz de encontrarle ninguna tacha, ningún defecto, todo lo contrario: nunca habría nadie más para ella como Rodrigo Dulce. Era su media naranja, el espejo en el que mirarse, el hombre de su vida. «¿Qué razones puede tener Dios para llevarse a alguien así? ¿Cómo podemos creer en un Dios tan cruel?», le preguntaba llorosa a sus padres cuando llegó la noticia de su muerte. Y su madre corría a abrazarla, silenciándola con palabras de consuelo que ella apenas escuchaba. «Calla, calla. No digas eso, por Dios. Ten fe, mantén la compostura».

Con el tiempo, pasó el duelo por Rodrigo y los paseos matinales se convirtieron en una costumbre compartida con su padre que, con su compañía, eludía cualquier comentario malicioso que pudieran hacer aquellos con los que se cruzaban de buena mañana. No estaba muy bien visto que las señoritas caminasen solas a esas horas tempranas con esos andares marciales, casi masculinos, que dirían algunos. Ni que asistiera a las tertulias de caballeros en los cafés, ni siquiera del brazo de don Alphonse. Hubo comentarios, sí. Fue la tía Elvira quien le vino a su madre con el runrún que circulaba por alguna que otra reunión, alguna que otra tertulia, sobre las extrañas costumbres de Micaela («¿Quizá la muerte de su prometido la había trastornado? Qué pena, qué desgracia para sus padres»). Doña Isabel se asustó. «Mira Micaela que nadie desea codearse con señoritas de costumbres poco decorosas, y si las malas lenguas deciden que tu comportamiento no es decente, empezarán a cerrársenos las puertas de las mejores reuniones de Madrid». «Mira, Alphonse, que estás consintiendo demasiadas veleidades a la niña, y todas esas ideas que le metéis en la cabeza tú y tus contertulios, un día nos van a dar un disgusto». «Qué cosas dices, Isabel. Esas ideas son las ideas de nuestro tiempo, no hay nada de malo en que ella las escuche y se forme sus propias opiniones».

Su paseo la llevó esa mañana hasta el estanque del Retiro, en cuya orilla se detuvo. Hacía tanto frío que notaba las puntas de los dedos heladas dentro de las manoplas. Su aliento salía de su boca en forma de nubes blancas y ascendentes. A esas horas, el parque escarchado parecía detenido en el tiempo. Se arrebujo dentro de su pelliza de lana y se sentó en uno de los bancos más cercanos, frente al lago. De un bolsillo extrajo el pequeño paquete con los dos mantecados que le preparaba Dora antes de salir «por si desfallecía por el camino» y lo dejó

sobre la superficie de piedra helada. Esa mañana no tenía apetito. Una fina película de hielo cubría la superficie del agua creando la ilusión de un cristal que se resquebrajaría en cuanto presionara sobre él.

Eugenia le había entregado la tarde anterior una breve misiva que le había remitido su tía Inés desde Santander: las señoritas Ruano estaban muy interesadas en cartearse con la señorita Moreau a fin de «valorar su contratación como maestra de nuestro colegio», decían. Deseaba ese puesto. Deseaba disfrutar de una vida más útil y plena. Deseaba sentir la emoción de enseñar y aprender y volver a enseñar lo aprendido. Deseaba escapar, no sabía muy bien de qué. Era algo indefinible, una presión interna, un exceso de energía al que no sabía darle cauce, provocándole un desasosiego constante e incontrolable. Una sensación de ahogo tan grande que se preguntaba si ella también estaba comenzando a sufrir, al igual que su madre, de alguna enfermedad respiratoria.

Echaba de menos la presencia animosa de su padre, su confianza incondicional en ella. Algunas noches, tumbada en el silencio inerte de su dormitorio, sentía los nervios a flor de piel, el corazón le galopaba sobre el pecho y le invadían unas ganas inmensas de asomarse al balcón y gritar hasta la extenuación, hasta que no quedara dentro de sí ni uno solo de esos pensamientos confusos.

La imagen de su madre plácidamente dormida en su cama le sustrajo de sus ensoñaciones, y sin embargo, las palabras de las señoritas Ruano permanecieron ahí, retumbando en su cabeza como el eco de una minúscula llamada a la esperanza.

<<<<>>>>